

EL COMUNISMO ITALIANO HOY

Consideraciones sobre el XI Congreso del P.C.I.

José de Rosa, S. J.

¿Cuál es hoy el estado del partido comunista italiano? ¿Cuáles son sus objetivos y sus propósitos? ¿Cómo hay que interpretar su actitud hacia la Iglesia y los católicos? ¿Qué se debe pensar de sus ofrecimientos de colaboración? Son algunos interrogantes que muchos se han puesto durante el desarrollo del XI Congreso nacional del Partido Comunista Italiano (25-31 enero 1966) y que todavía hoy permanecen. En este artículo trataremos de dar a esas preguntas un respuesta lo más objetiva posible, haciendo referencia a la larga crónica que habíamos dedicado al XI Congreso del P.C.I. en el número precedente; rogamos, por lo tanto, a quienes deseen aprendernos que tengan presente cuanto dijimos entonces y también, si es posible, lo que habíamos escrito recientemente sobre el Partido Comunista Italiano al examinar los documentos redactados por él en la preparación del Congreso (Ver: *Civiltà Cattolica*, 1965, III, 3-16; 526-539; IV, 318-331; 1966, I, 29-43).

Victoria del centralismo democrático

Como decíamos en la crónica del mismo, el XI Congreso del P. C. I. se cierra con la votación unánime del siguiente orden del día:

“El XI Congreso Nacional del P. C. I. aprueba el proyecto de tesis, el informe y las conclusiones del compañero Longo y la relación de la Comisión política.”

Pero esa unanimidad ¿era ficticia o real? ¿Y en qué estaba unánime el P. C. I.?

Para comprender el valor de la unanimidad congresal del P.C.I. hay que referirse hacia atrás en el tiempo. Con la constitución del centro izquierda, el comunismo se había encontrado aislado: tenía, pues, ante sí el problema de cómo salir del aislamiento y, en segundo lugar, de cómo lograr formar parte de la mayoría y de entrar en el gobierno. Como la vía de la oposición global y violenta al sistema estaba bloqueada —el P.C.I. había sido obligado a renunciar a la revolución, aunque continuaba (y continúa) llamándose revolucionario—, no quedaba sino el camino de la inserción en la alianza. Pero ¿qué hacer en la práctica?

Nacieron entonces en el partido dos líneas: la primera, excogitada por el Hon. Amendola, proponía la formación de un “partido único de la clase obrera”, ni comunista ni social-demócrata, que reuniera en un frente único todas las fuerzas de izquierda socialistas y laicas, en función alterna de la D.C.; la segunda, propuesta por el Hon. Ingrao, preveía la constitución de una nueva mayoría, de que debieran formar parte comunistas, socialistas de izquierda e izquierdistas católicos, que hubieran abandonado la D.C.; por consiguiente, esta nueva mayoría no se colocaba en alternativa con la D.C., que tendía, a su vez, a dividirse en dos, sino en alternativa con todas las derechas, de los católicos a los social-demócratas y a los socialistas de Nenni.

¿Cuál de estas dos soluciones escoger? El partido se encontró embarazado: la primera presentaba mayores posibilidades de éxito, pero tenía el grave inconveniente de liquidar al P.C.I. como partido leninista, ya bajo el aspecto de organización, ya bajo el perfil de la ideología; de hecho, para unirse a los partidos democráticos de izquierda, habría tenido que convertirse en un partido democrático y habría tenido que echar mucha agua en el vino de la ideología comunista. La segunda le permitía conservar al partido su carácter leninista, pero exigía demasiados resquebrajamientos en otros partidos para ser realizable, sin pensar en lo que era el escollo de la Iglesia, que se mantenía firme en la unidad de los católicos; era, por tanto, de actuación más difícil. Teniendo en vista la "línea Ingrai", los dirigentes del P.C.I. se orientaron hacia la "línea Amendola", aunque radicalmente revisada y corregida (esto se hizo en el Comité Central de junio 1965). La aceptación de la "línea Amendola" de parte de la gran mayoría de los máximos exponentes del partido hizo del Hon. Ingrao un aislado, ya que se buscó de todas maneras el contrastar entre la base sus posiciones y el intimidar a los seguidores, que en los primeros tiempos no debieron de ser pocos. Puesto así gravemente en minoría —no sólo por sus ideas, sino también porque los otros jefes del P.C.I. veían en él un peligroso concurrente (¿no había sido en un tiempo el "delfín" de Togliatti?)—, el Hon. Ingrao, con sus secuaces, se comportó en minoría: escogió, es decir, el derecho de criticar la línea de la mayoría, de disentir de su opción, de poner en duda la validez; sobre todo, con la esperanza de poder conquistar al partido para sus tesis y convertirse en mayoría, pidió el derecho de que su contestación fuera llevada ante todo el partido y, por lo tanto, que fuera publicada en los debates y que la dirección del partido fuera más democrática. Pero a la mayoría esto pareció fraccionamiento y aun herejía: en realidad, el Hon. Ingrao, con su duda permanente sobre la validez política de la opción tomada por la mayoría, rompió la unidad del partido y lo paralizaba; por otra parte, su petición equivalía a pedir la renuncia al "centralismo democrático", que es el carácter esencial de un partido leninista.

La mayoría decidió entonces liquidar políticamente al Hon. Ingrao en el seno del P.C.I. Fue movilizad el aparato para que en la discusión anterior al Congreso la base se mostrara compacta sobre el proyecto de tesis, que expresaba el pensamiento de la mayoría y que el Hon. Ingrao había criticado y se hiciera una rigurosa escogencia de los delegados para excluir al mayor número posible de los seguidores del Hon. Ingrao. Se llega así al Congreso con una aplastante mayoría a favor de los llamados "centristas", esto es, el grupo compuesto por los Hons. Longo, Alicata, Pajetta, Berlinguer, a quienes se había adherido el Hon. Amendola con los amendolianos y los ex-estalinistas (a excepción del Hon. Secchia, que se había alineado con el Hon. Ingrao). Ellos pudieron disponer del Congreso a su gusto: la asamblea de los delegados daba la impresión de estar allí solamente para aprobar cuanto se había determinado y para aplaudir sin demasiado entusiasmo; por lo demás, distraída, llegaba a conmovirse y vibrar sólo en algunos momentos, al recuerdo de Togliatti o con la guerra del Vietnam o cuando se lograba despertar el sentimiento del internacionalismo comunista; pero, aun entonces, por gente educada y compuesta, sin el gesto amenazador y de barricada que se esperaba de los "re-

volucionarios". Esto quizás dependía de la composición de la asamblea, integrada en sus 22% de intelectuales, en el 26% de empleados y en el 35,9% de obreros: no se podía así dejar de pensar en un cierto aburguesamiento del partido.

Ya dijimos en la crónica del Congreso con cuánta violencia metódica se hizo en el Congreso la "destrucción" política del Hon. Ingrao. Este, con su discurso extrañamente de tono conciliador, trató de evitar el encuentro frontal, lo que evidentemente no hubiera sido posible, ya que súbitamente apareció claro que no son posibles en el P.C.I., como lo son al contrario en cualquier otro organismo democrático, una mayoría y una minoría, sino que ésta debe necesariamente desaparecer para confluir en la mayoría. Esto, porque en el P.C.I. rige el principio del "centralismo democrático", en virtud del cual, cuando los dirigentes del partido han decidido la línea que seguir, todos deben hacerla suya, no sólo en el sentido de que todos deben colaborar en el plano práctico para actuarla, lo que es justo y necesario en todo partido político, sino en el sentido de que todos deben convencerse plenamente de que ésa es la línea mejor y que acerca de ella no es lícito tener o expresar dudas o perplejidad: quienes, por consiguiente, hubiesen tenido o expresado dudas, deben hacer pública autocrítica y reconocer que la línea indicada por los dirigentes del partido era la línea justa, so pena de ser acusados de fraccionamiento, de deslealtad con el partido, y si no con la expulsión, con la condena al aislamiento en el partido. Así, hizo la autocrítica el Hon. Amendola por haber propuesto el partido único de los obreros con una formulación que sonó "herética" al Comité Central del Partido: de tal manera, pudo sentarse con pleno derecho entre los "centristas". También el Hon. Ingrao esbozó una autocrítica; pero fue considerada demasiado débil: quedaban todavía en él dudas y perplejidades que debían desaparecer. Por eso, en sus consideraciones, los "centristas" se mostraron tan duros, obligándolo a una sumisión al menos formal: se llegó así a terminar el XI Congreso con votación por unanimidad.

Evidentemente, se trata de una unanimidad bastante poco convincente: es una fachada tras la cual se esconden odios y rencores personales, lucha de poder y también ideas profundamente diversas de las funciones que el P.C.I. debe tener en la sociedad italiana y de las vías y los métodos que debe seguir para llegar a sus fines. No parece por ello ya sostenible el viejo mito de la compactación monolítica del P.C.I. La disidencia ingraiana, que el Congreso ha mortificado, pero no destruido, es señal de que esa unidad se está agrietando. Para los comunistas éste es un mal gravísimo: la mala hierba se extirpa antes de que invada todo el huerto comunista. Para los democráticos, al contrario, es un hecho nuevo, ante todo, porque en otros tiempos —se recuerda el caso Giolitti— no hubiera sucedido; es un hecho, pues, significativo: aunque la tendencia ingraiana, más extremista y menos flexible que la tendencia "centrista", tenga pocas posibilidades de afirmarse en amplia medida en el partido, es bueno que exista, porque así podría ser preludio de una cierta democraticidad en el interior del P.C.I., democraticidad que hoy no existe del todo en ese partido, aunque el Hon. Longo aportó, como prueba irrefutable de la democracia del P.C.I., el hecho de que en el debate pre-congresional habían tomado la palabra cerca de 120.000 compañeros. Porque es verdad que esos com-

pañeros no estuvieron todos de acuerdo sobre el proyecto de Tesis; pero este desacuerdo no llegó sino raramente a concretarse en la elección de delegados que en el Congreso hubieran sostenido tesis diversas de la contenida en el proyecto: el aparato central y periférico llegó en su mayor parte a domesticar al pre-Congreso, haciendo elegir a personas "bienquistas" y eliminando a los "sectarios".

En realidad, la victoria sobre el Hon. Ingrao no significó solamente la victoria personal de los "centristas" y el esfuerzo de su poder sobre el partido, sino que significó, sobre todo, la victoria del "centralismo democrático", es decir, la victoria del carácter leninista y antidemocrático del partido comunista sobre los fermentos de democracia interna, de que era portador el Hon. Ingrao, no porque fuera más democrático que los demás, sino porque estaba en minoría, y el método democrático le hubiera quizás permitido convertirse en mayoría. Como señalamos arriba, "centralismo democrático" quiere decir de hecho que en un partido comunista no puede existir una diversidad de pareceres, una minoría que piense de diversa manera que la mayoría: si hay diversidad de opiniones, ésta debe desaparecer en la discusión, por las buenas o por las malas. Esto significa evidentemente que la dirección del partido está determinada siempre por el grupo dirigente, no por alguien que esté fuera de él o por la base del partido: si hay un cambio político, éste no llega por la alternación normal de la minoría que se hace mayoría, sino por decisión autónoma madurada en el interior del grupo dirigente. Así, el "centralismo democrático" permite al grupo dirigente controlar plenamente el partido y asegurarse un poder absoluto. Esto explica el encarnizamiento de los centristas contra el Hon. Ingrao: no solamente comprometía él el carácter leninista del partido, sino que representaba una amenaza al poder absoluto de aquéllos sobre éste.

De todas maneras, el éxito de la lucha contra el Hon. Ingrao confirmó, si hubiera sido necesario hacerlo, el carácter profundamente antidemocrático del P.C.I.

Pobreza de ideas y tacticismo reformista

Pero ¿en qué cosa, aunque sea sólo ficticiamente, el Congreso se declaró de acuerdo? Mirando tanto la relación Longo cuanto las intervenciones del Congreso, hemos quedado impresionados por la pobreza ideológica y cultural de los comunistas: los discursos culturalmente más comprometidos fueron los de la minoría, es decir, las intervenciones del Hon. Ingrao, de los profesores Lombardo Radice y Luporini, de la Hon. Rossana Rossanda, de A. Ochetto y el del Hon. Nilde Iotti. Bajo tal punto de vista, más desilusionador de todos ha sido el Hon. Longo, cuya relación carece de un análisis profundo político de la situación internacional y nacional y omite el fundar ideológicamente la opción política que propone. La ideología marxista ha pasado absolutamente a segundo plano: en la relación Longo hay sólo un fugaz acento sobre "los motivos ideales que nos guían en la acción y que encuentran su fundamento en el marxismo y en el leninismo y en la elaboración teórica y política de Gramsci y de

Togliatti"; cuanto a los delegados que intervinieron en el debate, no han sido más generosos que el Hon. Longo para con la ideología marxista. ¿Asistiríamos a una desideologización del partido comunista italiano? No osaríamos decirlo. Quizás sería más exacto afirmar que, para muchos comunistas, el marxismo-leninismo es hoy más un instrumento de interpretación de la realidad política y económica y de transformación de ella en sentido socialista, que una visión total y global del mundo. También esta afirmación pudiera mostrarse falaz y apresurada ante un examen más profundo de la realidad comunista, pero no se puede rechazar a priori.

La pobreza ideológica del P.C.I. ha brotado de manera clara en la refutación del llamado "modelo", propuesto por el Hon. Ingrao. Si se pregunta al comunismo qué tipo de sociedad quiere construir, qué modelo de desarrollo proponen, ellos contestan que no pueden ni pueden decir nada definitivo y preciso en cuanto respecta al futuro, porque ello habrá de salir de la acción concreta, hecha de luchas sectoriales y de conquistas graduales:

"Por programa, por línea alternativa —ha dicho el Hon. Longo en su relación—, nosotros no podemos entender más que una línea de desarrollo, una indicación de marcha, una perspectiva, una idea fuerza, capaz de dar unidad, dirección y coherencia a todo un vasto arco de reivindicaciones concretas. Y la realización de esta alternativa programática no podemos verla sino como un proceso de iniciativa políticas, de luchas y de conquistas graduales. Esto explica, en el momento actual, nuestra posición negativa en la confrontación de la tendencia a elaborar un modelo, en el sentido de un abstracto contraplano, cuya consideración y aceptación se consideran perjudiciales al desarrollo de cualquier acción unitaria de lucha por objetivos de reforma."

Pero cuando se pregunta al Hon. Longo en qué consiste esta "perspectiva", esta "indicación de marcha", de que habla, se encuentra embarazado para contestar, limitándose a decir que "la indicación de una línea de tal género (pero ¿cuál línea?), distinta de profundas modificaciones de las estructuras económicas, implica también problemas de sustanciales transformaciones democráticas. Pero ¿cuáles precisamente? El Hon. Longo —dichoso él— no lo sabe. Todavía menos lo sabe el partido. Sin embargo, el proyecto de Tesis quería dar la impresión de que allí lo tenían los comunistas. ¿Cómo, pues, el Hon. Longo afirma categóricamente ahora que el P.C.I. no ha querido tener un modelo? ¿Tenían tal vez razón los que en el proyecto de Tesis vieron un barullo confuso y contradictorio, en que era imposible reconocer una línea coherente de pensamiento?

En realidad, el Congreso ha confirmado una vez más la falta, en el P.C.I., de una estrategia de amplio vuelo, de una visión clara de las metas finales que se quieren alcanzar y de la nueva sociedad que se quiere construir: el "camino italiano al socialismo" se muestra cada vez más una caja vacía. Mas la incapacidad de tener un modelo, una estrategia, no puede menos de condenar al más despreocupado tacticismo. Es lo que sucede en el P.C.I. De hecho, el Hon. Longo así justifica el rechazo de un modelo preconstituido: "Nuestro rechazo quiere significar la necesidad de conservar al partido, en la necesaria visión general de la acción y

de sus perspectivas, la indispensable elasticidad política para hacer avanzar esos objetivos que en la marcha se presentan como prioritarios no sólo a los efectos de la solución de los problemas económicos y sociales de fondo del país, sino también de su capacidad de determinar movimientos de masa y alianzas políticas con las otras fuerzas democráticas." En otras palabras, se rechaza una visión general, un "modelo", para tener las manos libres, para estar dispuestos a todos los transformismos.

¿Qué decir de estos hechos? Si la pobreza ideológica, señalada por nosotros, significara abandono de la conexión necesaria entre ideología marxista y acción política y, por tanto, reducción del P.C.I. a un instrumento político, sería un hecho significativo, porque podría poco a poco llevar al abandono del marxismo como ideología de base del P.C.I. Si, al contrario, el rechazo del "modelo" significara solamente la determinación de llegar al poder con cualquier medio y por cualquier camino, aun el más contrario a los principios del marxismo, para luego instaurar una sociedad comunista y marxista, no tendríamos motivo de alegrarnos, sino de preocuparnos seriamente, porque entonces el P.C.I., a causa de su despreocupado tacticismo, sería bastante más peligroso para las instituciones democráticas.

La nueva mayoría: el P.C.I. escoge a "todos"

¿Qué cosa, en sustancia, ha decidido el Congreso para el futuro inmediato? En concreto, una sola: trabajar y luchar por abatir el centro izquierda y liquidar la D.C. como partido de mayoría, capaz de presentarse como alternativa al poder de las derechas y de los monopolios, para "abrir el camino en Italia al socialismo", dar una nueva orientación a la vida económica nacional mediante un nuevo mecanismo de acumulación y obrar una vuelta en política exterior. En el interior de esta nueva mayoría, crear el partido único de la clase obrera:

"La alternativa que proponemos —dice el Hon. Longo— tiende al acercamiento de todas las fuerzas de izquierda, a la construcción de nuevas formas de colaboración y de unidad entre ellas y tiene como perspectiva, de una parte, la formación de una nueva unidad de fuerzas democráticas y populares y de una nueva mayoría parlamentaria, de otra la unificación en un partido único de la clase obrera de todas las fuerzas verdaderamente socialistas."

Tal alternativa parecía al Hon. Longo no "pintada en el aire", sino "realista". En este punto todos los oradores del Congreso estuvieron de acuerdo: oyéndolos, parecía que el P.C.I. estuviese ya para saltar a la grupa del caballo vencedor y tomar el gobierno. La crisis del gobierno Moro había llevado a todos una gran euforia: se atribufan el mérito de su caída y se decían seguros de que la "vuelta" estaba ahora a las puertas. La manzana democristiana —madura (más bien podrida)— había caído: no quedaba sino recoger su herencia política. Sólo que los "otros" quisieran...

Pero ¿quiénes son los "otros"? Es difícil decir, porque una vez parecen ser los socialistas de todo color

(y estaríamos en la "línea Amendola"), otra vez parecen ser los socialistas de izquierda —esto es, el Hon. Lombardi, la izquierda del P.S.I. y el P.S.I.U.P.— y la izquierda democristiana (y estaríamos en la "línea Ingrao"), y otra vez también parece que sean todos los anteriores más las fuerzas democráticas y populares católicas que hoy militan en la D.C. (ésta sería la "línea Longo", que no apunta a la alternativa de la D.C., como la "línea Amendola", ni a la resquebrajadura de la D.C., como la "línea Ingrao", sino a la liquidación de la D.C. como fuerza política con la ayuda de la Iglesia Católica, a quien en cambio se ofrece la plena libertad religiosa). ¿A cuáles de esos "otros" ha escogido el Congreso tanto para formar la nueva mayoría cuanto para dar vida al nuevo partido de la clase obrera? De estar a la relación Longo y a las conclusiones del Congreso, hay que decir que el P.C.I. ha evitado sabiamente toda escogencia: ha dicho que "todos" son para él buenos compañeros de ruta, que con "todos" se puede hacer un poco de camino juntos "en la vía de avanzada al socialismo", que, por eso, en el grande caldero de la nueva mayoría hay lugar para "todos", con tal de que se quiera trabajar por la "vuelta" de Italia en política interna y en política exterior, y que en el nuevo partido de la clase obrera hay lugar para "todas" las fuerzas, incluso para las que son hoy prisioneras del centro izquierda, con tal de que rehusen la unificación socialdemócrata.

¿Qué significa el rechazo de escoger una línea política precisa? A nuestro parecer, puede significar dos cosas: o los comunistas sienten que ninguna de estas "líneas" puede llevar a un resultado seguro y no tienen, por tanto, el valor de proponer una con preferencia a la otra, o los comunistas piensan que ninguna de estas "líneas" tiene por sí sola validez parcial y por eso las lanzan todas con la esperanza de que cada una, o al menos la una o la otra, llegue a algún resultado. Sea lo que fuere de estas hipótesis, una cosa nos parece fuera de duda: del XI Congreso del P.C.I. no ha salido una línea de acción clara y unívoca. En realidad, el Congreso ha dado la impresión de que a los comunistas les está fallando el terreno bajo los pies y que tratan de agarrarse a cualquier ancla de salvación: se vuelven por eso a "todos", esperando que alguno los escuche y les tienda una mano amiga. Pero hasta ahora, aparte del escaso grupo del P.S.I.U.P., nadie se dice dispuesto a entrar en la nueva mayoría y mucho menos en el nuevo partido de la clase obrera. También el Hon. Lombardi titubea y hace oídos de mercader; sin embargo, en el Congreso, su nombre fue pronunciado muchas veces con religioso respeto y su "fronda" en el P.S.I. fue presentada a los "otros" como ejemplo que imitar. Así, la nueva mayoría y el nuevo partido de la clase obrera también para los comunistas parecen disolverse en una dulce pero, ¡ay!, irrealizable utopía... No les queda a ellos sino una sola esperanza, y a ella apuntan todas sus cartas: que el centro izquierda se disuelva y falle la unificación socialista. Solamente en el caso de que estos dos hechos se verificaran, tendrían alguna probabilidad de éxito.

Ese es el motivo por el cual el Congreso, entre los enemigos que derribar —además de los monopolios, evidentemente, y el imperialismo americano—, ha individualizado al centro izquierda, la unificación socialista y, sobre todo, la unidad de la D.C.

Llamado a los católicos para construir juntos el socialismo

Puede decirse que fueron dos los temas dominantes en el XI Congreso del P.C.I.: el "caso Ingrao" y el llamado a los católicos para construir juntos la sociedad socialista. Del primero hemos hablado largamente; nos queda por decir algo del segundo.

En su relación, el Hon. Longo se dirige dos veces a los católicos: la primera, hablando de la "agresión" americana al Vietnam, renovó la invitación, ya hecha por Togliatti en 1954 a los católicos, para una acción convergente "por la defensa y salvación de la paz". Apoyó esta invitación en "la importante y significativa contribución, de pensamiento y de iniciativa, dada a la lucha contra la guerra en el Vietnam y por la paz, de las orientaciones del Concilio Vaticano II y de las intervenciones de Paulo VI":

"En el urgente llamado hecho a todos los cristianos para unirse a todos los hombres sinceramente amantes de la paz, encontramos —dice el Hon. Longo— la prefiguración de un mundo en que se ponga término a los armamentos y se libre la humanidad de la antigua esclavitud de la guerra y de las excesivas desigualdades económicas y sociales, que suscitan escándalo y son contrarias a la justicia social, a la equidad, a la dignidad de la persona humana, no menos que a la paz social e internacional. Encontramos en estos y en otros recientes documentos de la Iglesia, motivos, orientaciones, objetivos que nos han guiado constantemente en nuestra acción y en nuestra lucha."

El pensamiento del Hon. Longo era claro: puesto que nosotros los comunistas hemos trabajado y trabajamos por la paz y la justicia, justamente como el Concilio Vaticano II y Paulo VI dicen a los católicos que trabajen y puesto que los católicos son invitados a unirse a los hombres que quieren la paz y trabajan por ella —y ¿quién, más que los comunistas, trabaja por la paz y la coexistencia pacífica?—, a los católicos, si quieren ser fieles a las directivas del Concilio y del Papa, no les queda más que unirse a nosotros en la lucha contra el imperialismo americano "para volcar el curso actual de la política internacional y hacer prevalecer un curso opuesto, en favor de la paz".

Pero "¿qué paz?", pregunta justamente a los comunistas "L'Osservatore Romano" (27 enero). Evidentemente, el Hon. Longo —voluntaria o involuntariamente, no importa— había caído en un grande equívoco, ya por haber interpretado las intervenciones de Paulo VI en favor de la paz en el Vietnam como una intervención en favor de las tesis defendidas por el comunismo (esto, además de ser contrario a la verdad, constituía una grave ofensa al Papa, por la sospecha de parcialidad que de tal modo se atribuía a su obra por la pacificación en el Vietnam), ya porque la paz de que hablan el Concilio y Paulo VI no es ciertamente la paz de que hablan los comunistas: puesto que la primera es fruto de la justicia y de la caridad, la segunda es fruto de la violencia revolucionaria; la primera viene dada por el recto orden social, nacional e internacional, obtenido con la pacífica composición de los conflictos políticos y sociales y con la justa distribución de los recursos económicos y garantizada por un nuevo sistema de relaciones internacionales que no se funde en sola la fuerza y el temor; la segunda se

obtiene con la lucha "antimperialista", al contrario se identifica con la "lucha contra el imperialismo" y con la derrota y destrucción del adversario de clase. Sobre este punto fue particularmente explícito el Hon. Alicata en su intervención durante el Congreso: "La instauración de un régimen de coexistencia pacífica —dice— se puede lograr solamente mediante un proceso complejo, largo y áspero de lucha", ya que supone el cambio del statu quo actual a favor de los países socialistas con la lucha armada: por eso luchar por la coexistencia pacífica y por la paz equivale a luchar contra el imperialismo americano. Se comprende entonces cómo la invitación del Hon. Longo a los católicos para trabajar por la paz junto con los comunistas estuviera destinada a caer en el vacío: para trabajar "juntos" por la paz se necesitaría al menos estar de acuerdo sobre el significado y el contenido de la "paz". Si no, ¿por qué cosa se trabajaría "juntamente"?

Pero el Hon. Longo no se contentó con pedir a los católicos colaborar con los comunistas por el objetivo importante, ciertamente, pero limitado de la paz. Propone un encuentro orgánico con los católicos. ¿Qué entendía con la palabra "católicos"? En otras palabras, ¿a quién se dirigía la invitación a unirse con los comunistas? No se dirigía a solos los trabajadores católicos. "Aparece del todo equivocada la tesis sostenida por algún compañero (léase el Hon. Ingrao) de que no hay otro diálogo entre marxistas y católicos sino el del trabajador comunista y del trabajador católico en cuanto trabajador", dice el Hon. Longo. No iba dirigida a la D.C. en cuanto partido formado por católicos; al contrario, "una colaboración con el movimiento católico, añade el secretario del P.C.I., es posible sólo si se pone radicalmente en crisis el actual equilibrio político y el tipo de organización de la D.C.". Ni tampoco iba dirigida a las solas fuerzas de izquierda de la D.C., aunque el Hon. Longo contaba sobre todo con ellas. Pero, dicho a quién no se dirigía la invitación, es más difícil decir a quién iba dirigida: probablemente, hablando de los "católicos" el Hon. Longo pensaba en todas las fuerzas al menos tendencialmente de izquierda del mundo católico, dentro y fuera de la D.C.

A esos católicos, el Hon. Longo ponía

"la cuestión: ¿no es posible, no es necesario buscar juntos los puntos de encuentro y de colaboración que hay entre nosotros y vosotros, para llegar a construir juntos una nueva sociedad, librada de la guerra, de la explotación y de la indigencia? No nos limitamos a proponer a los católicos solamente un acuerdo sobre un programa inmediato. Proponemos un discurso más amplio que abrace también la perspectiva socialista. Estamos prontos a discutir esta perspectiva sin prevenciones ni dogmatismos; con sincera confianza en la contribución a la edificación y a la estructuración de la nueva sociedad, pueden venir también de otras fuerzas ideales y, ante todo, de las fuerzas católicas."

En otras palabras, el Hon. Longo proponía a los católicos colaborar con los comunistas para la creación de una sociedad nueva, es decir, socialista. Pero ¿qué entendía él por una "sociedad nueva", por "una perspectiva socialista"? Ya que para definir "nueva" una sociedad no basta decir que debe ser "librada de la guerra, de la explotación y de la indigencia": es necesario también saber cuál deberá ser el cuadro institucional en que tal sociedad debe organizarse para llegar a la liberación de la guerra, de la explotación

y de la indigencia; además, es necesario decir por qué caminos y con qué instrumentos será posible llegar a una organización de la sociedad que permita tal liberación. Ahora bien, en la relación Longo faltaba toda indicación del cuadro institucional de la nueva sociedad al contrario, no habría podido decir nada sobre la nueva sociedad socialista. Esto evidentemente quitaba toda concreción a su discurso.

El Hon. Longo fundaba esta su invitación a los católicos para colaborar con los comunistas en la construcción de una nueva sociedad, sobre algunos hechos. Ante todo, sobre el hecho de que las decisiones y las iniciativas conciliares "abren contradicciones bastante serias en la confrontación de la política de la D.C.": ya que, mientras las decisiones conciliares van en el sentido del progreso social, el programa y la política de la D.C., según el Hon. Longo, van al contrario en el sentido de la conservación política, social y económica; por eso, un católico que quiera ser fiel al espíritu conciliar deberá sentir molestia en militar en la D.C. El Concilio, en suma, habría puesto en crisis la D.C. y los principios sobre los que ella "ha fundado en medida notable la propia fortuna": a los católicos no quedaría sino abandonarla, no para pasar al P.C.I. evidentemente, sino para colaborar con los comunistas, que son los alfiles del progreso social. Ahora bien, este razonamiento del Hon. Longo se apoyaba en dos presupuestos que él sostenía absolutamente ciertos, pero de su certeza tenemos el derecho de dudar fuertemente: que la D.C. sea el partido de la conservación y el P.C.I. el partido del progreso social! Ciertamente, la D.C. puede ser acusada de muchas cosas, pero es difícil acusarla seriamente de conservatismo al menos en su programa y en sus intenciones. Cuanto al P.C.I., no se ve propiamente cómo pueda llamarse el partido del progreso social. Es verdad que él se califica de tal; pero los hechos no confirman que lo sea en realidad. Así, en los veinte años pasados, el P.C.I. ha hecho bien poco por el progreso social del país. Se dirá que ha estado en la oposición y que por ello no ha tenido ocasión de hacer aquello de que era capaz. Cierto. Está, sin embargo, el hecho de que en aquellos países donde los comunistas están en el poder, el progreso económico y social ha sido escaso. Ahora bien, no se ha dicho que los comunistas italianos en Italia no lo habrían hecho mejor, ya que el sistema comunista —y no los hombres que lo aplican— es el que impide el verdadero progreso social.

Mas el Hon. Longo apremiaba: el Concilio ha afirmado el principio de que la Iglesia debe ser totalmente independiente de cualquier sistema político: de tal afirmación brota una crítica al principio de la unidad política de los católicos y al concepto mismo de "partido católico". Por eso, según el Concilio, no hay motivo de ser ni la unidad de los católicos italianos en la D.C. ni la misma D.C. como "partido católico": por consiguiente, los católicos pueden militar también en formaciones políticas no formalmente católicas o al menos darles el propio apoyo y la propia colaboración.

En realidad, ¿qué es o qué apoya el Concilio? Senzillamente, esto:

A saber, la Iglesia, en cuanto institución religiosa de salvación, dotada de los medios necesarios para actuar su fin sobrenatural (tales medios son la Palabra de Dios, los sacramentos y la jerarquía, que es querida por Cristo para anunciar la Palabra de Dios,

administrar los sacramentos y guiar al Pueblo de Dios, asegurándole la unidad); por su "oficio", que es de orden religioso, y por su competencia, que es también de orden religioso y moral, es necesariamente distinta de la comunidad política, cuyo fin es de orden temporal y terreno y no está ligada a ningún sistema político, es decir, no tiene preferencia por uno u otro sistema político, a condición de que sea respetada la libertad de la Iglesia y sean defendidos los derechos fundamentales de la persona humana. Ante la comunidad política, la Iglesia es independiente y soberana en el propio terreno, que es religioso y moral; a su vez, ante la Iglesia la comunidad política es independiente y soberana en su terreno, que es el profano y político, con la precisión de que las normas morales enseñadas por la Iglesia valgan también para el campo profano y político.

Ahora bien, no vemos cómo de esta posición doctrinal "descienda una crítica al principio de la unidad política de los católicos y al concepto mismo de partido católico". De hecho, el principio de la unidad política de los católicos no tiene nada que ver con el principio de que la Iglesia es totalmente independiente de cualquier sistema político. Los católicos obran en el campo político no como fiduciarios o mandatarios de la Iglesia y, por tanto, en nombre de la Iglesia, sino que obran en nombre propio, como ciudadanos católicos, guiados no por la Iglesia, sino por la propia conciencia cristiana. Dice efectivamente la citada Constitución Conciliar:

"Es de gran importancia, sobre todo en una sociedad pluralista, que se tenga una justa visión de las relaciones entre la comunidad política y la Iglesia y que se haga una clara distinción entre los actos que los fieles, individualmente o en grupo, realizan en nombre propio, como ciudadanos, guiados por la conciencia cristiana, y los actos que ellos realizan en nombre de la Iglesia en comunión con sus pastores."

Ahora bien, es claro que las acciones políticas de los católicos se hacen en nombre de ellos y no de la Iglesia, y conllevan solamente su responsabilidad de ellos, no la de la Iglesia. Por eso, el hecho de que la Iglesia deba mantenerse alejada de la política no significa que los ciudadanos católicos no deban hacer política. Al contrario, es la Iglesia misma la que exige de ellos un compromiso político. Evidentemente, como cristianos, no pueden dejar de querer y de hacer una política "cristiana": es decir, no pueden menos de esforzarse por hacer valer democráticamente en la vida política los principios cristianos. En este punto es donde se pone el problema de la unidad de los católicos. Punto de partida es que, en la actual sociedad pluralista y democrática, no se pueden hacer valer ciertos principios si no se dispone de la necesaria fuerza política para traducirlos a la práctica: no bastan las buenas intenciones y no son admisibles imposiciones de arriba. El problema, pues, se refiere al modo de tener el necesario peso político para hacer valer ciertos principios. La solución de este problema depende evidentemente de las circunstancias históricas y de las situaciones locales. Así, en ciertos casos, los católicos pueden hacer valer los principios con su presencia en partidos no confesionales; en otros, pueden contar políticamente sólo si se unen en un solo partido, que puede llamarse o no "católico". Es claro, empero, que los católicos, al formar un partido "católico", no se ponen en

directa dependencia de la jerarquía, sino que obran en nombre propio y comprometen únicamente su propia responsabilidad política. Por eso, partido "católico" no significa precisamente partido "confesional". La unidad de los católicos puede, así, ser una exigencia de principio, en el sentido de que, en determinadas circunstancias históricas, los católicos no pueden lograr decir una palabra suya en política si no se han unido en un solo partido: a pesar de que algunos duden de este hecho, nos parece que éste es el caso de Italia, al menos hoy. Puede darse también el caso de que la unidad de los católicos sea querida por la Iglesia porque, en su responsabilidad espiritual, ella juzga que tal unidad es necesaria para la defensa y la conservación de la fe: en tal caso, la Iglesia pide a los católicos la unidad en el orden político por razones de orden espiritual y religioso, y mientras dura tal peligro, los católicos tienen el deber, si es preciso, de sacrificar también sus particulares miras políticas para tutelar el bien supremo de la fe y de la libertad religiosa, que, por lo demás, en sus consecuencias, son también bienes de orden político.

Por eso, la declaración conciliar a que apunta el Hon. Longo no toca —y mucho menos pone en crisis— el principio de la unidad política de los católicos. De todos modos, aun si tal principio, por particulares circunstancias o en situaciones particulares, no debiera valer y los católicos pudieran militar en formaciones políticas no católicas o apoyarlas políticamente, quedarían siempre válidos los principios morales que regulan la colaboración de los católicos con los católicos y no creyentes, afirmados en la *Pacem in terris* (n. 158): ellos no deben llegar a compromisos respecto a la religión y a la moral y debe tratarse de objetos que sean por su naturaleza buenos o reducibles al bien. Ahora bien, no puede decirse que éste sea el caso de la colaboración con los comunistas. No nos parece, pues, que el Hon. Longo pueda concluir optimistamente, como lo hace, cuando dice que

"estas directivas y estas indicaciones (del Concilio) ofrecen un fértil terreno de diálogo, de comparación y también de encuentro con los obreros y los católicos democráticos".

En este punto el Hon. Longo acudía al argumento decisivo para convencer a los católicos a una colaboración con los comunistas. Lo que —decía— ha impedido hasta ahora la unidad de clase entre todos los obreros y que ha dividido a comunistas y a católicos ha sido el hecho de que la religión ha sido hasta ahora el opio del pueblo. Hoy, "bajo el empuje poderoso de las victorias socialistas y antimperialistas de la clase obrera y de los pueblos oprimidos, asistimos a una cierta superación de las posiciones ideales conservadoras que hacían de la 'ideología' religiosa el opio de los pueblos": los católicos no están ya en posiciones de conservatismo. Esta superación, que no es superación de la misma posición religiosa y cristiana, sino que "sucede en el ámbito de una aspiración que se afirma todavía religiosa y cristiana", es "el resultado del modo nuevo como la Iglesia se pone frente a los problemas esenciales del mundo moderno". ¿Cuál es la consecuencia de esta superación, de parte de los católicos, de las posiciones conservadoras? Contestaba el Hon. Longo: "Estamos convencidos de que en esta fase histórica una profunda conciencia cristiana es llevada a

entrar en contradicción y en conflicto con las condiciones de explotación y de limitación de la libertad y de la dignidad de la persona humana propias de la sociedad capitalista, y a abrirse así a las ideas socialistas". Entonces, ya no hay razón para que católicos y socialistas no deban colaborar: los primeros no pueden aceptar ya la sociedad capitalista y son llevados a "abrirse a las ideas socialistas"; los segundos no consideran ya a la religión como el apoyo de la sociedad capitalista y como el opio del pueblo, sino como una fuerza de progreso social y, por consiguiente, son llevados hacia los católicos.

¿Qué decir de este razonamiento del Hon. Longo? Esto: nos parece que la conclusión va más allá de las premisas. Admitimos ciertamente que los católicos han superado ciertas posiciones conservadoras y que su conciencia cristiana, si es profunda, los pone en conflicto con la sociedad capitalista; pero de esto no se sigue que deban "abrirse a las ideas socialistas", ya porque tienen una "idea cristiana" de la sociedad que hacer prevalecer —idea que no es ni capitalista ni socialista—, ya porque la sociedad socialista que los comunistas quisieran realizar —al menos ateniéndonos a cuanto ha sucedido en cincuenta años de historia— conlleva no menores "condiciones de explotación y de limitación de la libertad y de la dignidad de la persona humana" que las que supone la sociedad capitalista conlleva, al contrario, mayores y bastante más graves y pesadas; de suerte que si la conciencia cristiana entra en conflicto con la sociedad capitalista, entraría en un conflicto bastante más doloroso y dramático con la comunista.

La Iglesia y los comunistas

Para convencer a los católicos de que una colaboración política orgánica con los comunistas no supondría ningún peligro para la Iglesia, el Hon. Longo reafirmó solemnemente cuanto había sido ya dicho, tanto en el documento aprobado por el Comité Central en junio de 1965 cuanto en el proyecto de Tesis, sobre la libertad religiosa y de conciencia para todos, creyentes y no creyentes, sobre la adquisición definitiva del principio constitucional —"redactado personalmente, recordó el Hon. Longo, por el compañero Togliatti en colaboración con el Hon. Dossetti"—, según el cual Estado e Iglesia son, cada uno en su propio orden, independientes y soberanos, sobre la ayuda que en virtud de la paz religiosa puede venir de parte de los creyentes a la construcción de una sociedad liberada de la explotación, sobre la laicidad del Estado:

"Es evidente, dice el Hon. Longo, que estamos por un Estado efectiva y absolutamente laico. Como estamos contra el Estado confesional, así estamos contra el ateísmo del Estado. Es decir, somos contrarios a que el Estado atribuya cualquier privilegio a una ideología, o filosofía, o fe religiosa, o corriente cultural y artística en daño de otros."

(Pasa a la pág. 197)

EL COMUNISMO... (Viene de la pág. 160)

Estas declaraciones, hechas en un clima congresal, no sólo no hostil a la Iglesia, sino, para quien podía ver exteriormente, favorable a ella (las iniciativas de paz de Paulo VI habían sido acogidas con calurosos aplausos), impresionaron fuertemente a la prensa: tanto más cuanto que eran repetidas por muchos oradores —en particular por A. Occhetto y por L. Lombardo Radice— y fueron repetidas con fuerza en la relación de la Comisión política, la cual, con respecto a las correcciones que hacer al proyecto de Tesis, señalaba que “un puesto particular se ha dado, en la redacción final de las Tesis, a la apreciación de las iniciativas de paz de Paulo VI y a las decisiones del Concilio Vaticano II, contenido en la relación del compañero Longo”. Se podía decir, así, que las posiciones expresadas por el Hon. Longo no eran las posiciones de un intelectual comunista aislado, y tampoco del secretario del partido, sino del P.C.I. en cuanto tal. En este punto, pues, se hizo un notable progreso con respecto al X Congreso.

¿Qué pensar de esta posición en adelante oficial del P.C.I. ante el hecho religioso y la Iglesia? Algunos se preguntan si, cuando los comunistas afirman lo que Longo, en nombre del partido, ha expresado en su relación, creen sinceramente lo que dicen y lo aceptan lealmente o fingen aceptarlo, dispuestos a comerse todo en la primera ocasión, una vez que los católicos hayan caído en la “trampa”. No negamos que esta pregunta sea lícita e importante; nos parece, sin embargo, que una respuesta segura y convincente es prácticamente imposible. Puesto que sólo los hechos podrán darla; es decir, sólo una vez llegados al poder los comunistas podrían demostrar con los hechos si ellos verdaderamente respetan la libertad religiosa y rechazan el ateísmo del Estado. Pero nadie puede augurar que los comunistas lleguen al poder... No queda entonces sino tomar las declaraciones de los comunistas sobre la religión y la Iglesia por lo que son: es decir, declaraciones de principio, cuyo alcance práctico y validez real se desconocen, pero que tienen su importancia por el hecho de que, por primera vez en la historia del comunismo, un partido comunista reconoce teóricamente a la religión una función positiva y rechaza el ateísmo del Estado, pronunciándose por la libertad religiosa. No se dice, en efecto, que decir o no decir ciertas palabras no cuenta nada, por tratarse de palabras... También las palabras tienen su peso, bastante modesto, es verdad, pero lo tienen: haber hecho ciertas afirmaciones no carece de importancia, sobre todo cuando ciertas tomas de posición tienen reflejos prácticos. Así no deja de tener importancia que ciertas posiciones de principio con respecto a la religión lleven a los comunistas italianos a una menor hostilidad con respecto a la Iglesia y los induzcan a mirar con cierta simpatía la persona y la obra del Papa. No puede menos de recordarse que la obra de Juan XXIII, del Concilio y del Papa Paulo VI no ha sido vana ni siquiera para los comunistas: no se puede, por tanto, excluir que algún fruto de ella haya pasado a sus declaraciones sobre la Iglesia y la religión. Si todos los hombres, cristianos y no cristianos, han sentido que con el Concilio “algo” ha venido a la Iglesia, ¿por qué deberíamos decir que sólo los comunistas no lo habían advertido, aun si después el partido ha tratado de sacar provecho de ello?

Una cosa, empero, es cierta: si no puede decirse con seguridad que hayan sido sólo motivos tácticos los que indujeron al Hon. Longo a esas declaraciones, es preciso, sin embargo, afirmar que el motivo táctico —o, si se quiere, político— ha tenido un peso determinante. Se lo podría ya deducir del puesto en que las declaraciones están colocadas en la relación: de hecho, el Hon. Longo lo hace a propósito de la D.C., cuya crisis, a su juicio, es preciso acelerar y que señale su fin político, ya que ella es el único obstáculo verdaderamente serio que impide a P.C.I. la toma del poder. Ahora bien, el fin de la D.C., según el Hon. Longo, está condicionado al principio de la unidad de los católicos y a la “presión del aparato eclesiástico”, que la quiere como muro que oponer al P.C.I., considerado como adversario de la Iglesia y de la religión. Es evidente que, con su declaraciones, el Hon. Longo busca romper la unidad de los católicos en torno a la D.C. y asegurar a la Iglesia, ofreciéndole las más amplias garantías de respeto a la libertad religiosa y a las normas concordatorias para obtener en cambio que ella se desinterese por la D.C. y la abandone a su destino.

Mas es exacto que el Hon. Longo comete el error más grosero. Se dirige a los católicos buscando su colaboración política a cambio de seguridades y garantías religiosas. El problema, por el contrario, de la colaboración entre católicos y comunistas es ciertamente también de orden religioso, pero es sobre todo de orden político: esto es, que los católicos pueden colaborar con otro partido solamente si éste ofrece garantías políticas de democracia y de respeto a la libertad de la persona humana. Ahora bien, estas garantías el P.C.I. no las ofrece a los católicos: por eso, a pesar de sus seguridades en materia religiosa, ellos son insensibles a sus reclamos. Los católicos no tienen sólo una visión religiosa, sino también una visión política propia; pero, a pesar de todo, los comunistas lo desmienten, pensando que son solamente masa de maniobra, que hacer servir para la construcción de la sociedad socialista. En realidad, lo que divide irremediablemente a los católicos de los comunistas es el problema de la libertad, del que el problema de la libertad religiosa no es más que un aspecto y que encuentra su verdadera solución sólo si se inserta en el marco más vasto de la libertad en general. Ahora bien, los comunistas están bien lejos de haber resuelto el problema de la libertad: el XI Congreso, desgraciadamente, ha sido también él una prueba evidente de ello. Por eso los católicos, aun apreciando los esfuerzos que los comunistas hacen por resolver el problema de la libertad religiosa, no pueden aceptar la colaboración que ellos les ofrecen en el plano político.

En conclusión, estas nuestras consideraciones sobre el XI Congreso del P.C.I. nos parecen haber mostrado que, aun entre contrastes y contradicciones, algo se mueve en ese partido, al menos en el sentido de que algunas certezas pasadas han caído y se busca algo “nuevo”: por ahora, es todavía un vagar en la oscuridad de la incertidumbre y del tacticismo, pero lo que cuenta es que el P.C.I. haya roto el viejo inmovilismo al menos en ciertos puntos, lo que pudiera llevar a algún cambio, tal vez de importancia. En la espera, sin embargo, hay que ser vigilantes, recordando que el P.C.I. es hoy todavía un grave peligro para la religión y las instituciones democráticas.